

## **La vocación a la luz del bien y el mal**

### **Bernardo Nante**

Descubrir y desarrollar nuestra vocación humana implica, inexorablemente, enfrentar el misterio del bien y del mal. En términos simplistas puede pensarse el bien como aquello que favorece la vocación y el mal como aquello que la obstaculiza. Ahora bien, es evidente que ese planteo puede encerrarnos en un conformismo, en una vana comodidad, que oculta un círculo vicioso, pues saber lo que favorece mi vocación ya supone una cierta actitud madura frente al bien y el mal. Y una de las cuestiones más graves es que, por lo general, carecemos de esa actitud porque a menudo no tenemos del todo en claro si algo es ‘bueno’, ‘malo’, ‘indiferente’ o ‘bueno y malo’ a la vez. Por cierto, no nos referimos a cuestiones teóricas, en buena medida secundarias, ni a ciertos valores morales en los cuales podemos sentirnos seguros, sino a aquellas situaciones dilémicas en donde no sabemos si es bueno o malo seguir un determinado camino. ¿Qué curso debe seguir hoy mi vida? ¿Cuáles de las tendencias que operan en mi interior son ‘buenas’ y cuáles son ‘malas’? ¿Tal tendencia responde a mi vocación o bien a un mero impulso hedónico? ¿Sigo de corazón a mi anhelo o cumplo mandatos?

Pero hay más, pues lo que verdaderamente nos desconcierta es el mal en sus formas más extremas, aquello que puede denominarse –siguiendo a Kant– el “mal radical”. Kant sostenía que ese mal se origina en una perversión de la voluntad, pero a nosotros nos interesa enfocarnos en ese mal tan extremo (sea producido por el hombre o bien por la “naturaleza”, es decir, sea un ‘mal moral’ o ‘mal natural’) que nos lleva a dudar del sentido de la vida. ¿Por qué sufren los inocentes?... ¿Qué sentido tiene una vida llena de sufrimientos?... ¿Cómo es posible que ocurran crímenes de lesa humanidad?... Es comprensible que el filósofo judío contemporáneo Emmanuel Levinas se haya preguntado si “...*la moral no nos engaña*” y que en una entrevista se haya cuestionado: “¿*Podemos hablar de un mandamiento absoluto después de Auschwitz? ¿Podemos hablar de moral después del fracaso de la moral?*”

En efecto, ante ese mal extremo, ante esa fuerza aterradora colectiva, pareciera que la moral –o el bien visto desde el ángulo de la moral– fuera impotente. En todas las tradiciones espirituales bien y mal son potencias que exceden el campo de lo moral, pues comprometen la misma raíz del ser. Por cierto, en algunos casos, las tradiciones pueden disentir entre sí respecto de su concepción teológica o metafísica del bien y del mal; por ejemplo, respecto de si el mal tiene realidad propia o es mera ausencia

de bien (*privatio boni*) pero, cuando no decaen en mera ‘moral’ o ‘costumbre social’, todas las tradiciones reconocen que del tratamiento espiritualmente correcto del bien y del mal depende la salvación o liberación, es decir, la conquista de la plenitud humana y acaso del cosmos como un todo.

Y aquí enfrentamos uno de los grandes problemas del mundo contemporáneo, pues carecemos de una sabiduría capaz de dar cuenta del mal (y del bien) en su dimensión última. Jung escribió al respecto: *“El mal se ha convertido actualmente en una potencia visible: una mitad de la humanidad se apoya en una doctrina fabricada por especulaciones humanas; la otra mitad enferma por falta de una situación de mito apropiado.”* El “mito apropiado” es el que reconoce el mal extremo pero que, además, brinda pautas simbólicas para enfrentarlo. En otras palabras, el mito apropiado es el que es capaz de abrirse al bien ontológico y así responder al mal ontológico. De este modo se evitan los dos extremos más habituales: creer que es posible vivir ajeno al mal, lo cual constituye una postura del hombre contemporáneo, distraído y perezoso, movido por lo meramente utilitario o, por el contrario, vivir de modo supersticioso, en el temor indiferenciado del mal. El fundamentalismo, las sectas o las formas caducas de lo religioso tienden a cultivar esta última modalidad. Así, el “temor de Dios” lejos de ser un estímulo para el desarrollo de una verdadera fe o apertura al misterio pasa a ser el instrumento de una actitud culposa que detiene un proceso de crecimiento.

Ahora bien, paradójicamente, el mal tiene algo positivo pues nos compromete totalmente, toca o amenaza toda nuestra vida y por ello la consciencia del mal combate nuestra tibieza. Como señalaba Franz Kafka: *“No permitas que el mal te haga creer que puedes tener secretos para él.”* No debe olvidarse que hasta Jesús y el Buda histórico (Siddharta Gautama) fueron tentados por el mal. Otra paradoja es que impacientarnos con el mal supone una alianza inconsciente con el mal. *“Omnis festinatio ex parte diavoli est”* (“todo apuro proviene del diablo”), reza una antigua máxima medieval. **La impaciencia es la forma que el mal tiene de malograr lo bueno haciendo que confundamos compromiso con aceleración. Y esto es lo primero que debemos cultivar en nuestras prácticas (y en toda la vida); la lenta maduración de la profundidad.** No se olvide que éste es el sacrificio (la obra sacra) que el mal no puede resistir, pues **el mal no es capaz de entrega; el mal no puede sacrificar y suele engañarnos haciendo que confundamos velocidad con intensidad de corazón.**

En un relato jasídico (tradición mística judía cabalística) leemos: *“Se preguntó al rabí Jizchak de Works: ‘¿Cuál fue el verdadero*

*pecado de Adán?’. El verdadero pecado de Adán es que se preocupara por el día siguiente.” En efecto, desde esta mirada, Adán se deja seducir por recompensas futuras en vez de cumplir con su misión que consiste en obedecer a Dios y resistir a la serpiente. Así, nos abismamos en futuros ilusorios o en pasados sepultados y olvidamos que **bien y mal o, si se quiere, “cielo” e “infierno” son realidades simbólicas reales que habitan aquí y ahora nuestra interioridad.** Una de las mayores debilidades espirituales del hombre contemporáneo es que concibe el bien y el mal y sus simbolismos geográficos (cielo, infierno etc.) o personificados (Dios, Diablo, etc.) ya sea como externos, pertenecientes a un ‘espacio’ recóndito o –por ello mismo– ya sea como ‘irreales’ o propios de creencias superadas de la humanidad. Dicho en términos simples, tales posturas podrían formularse respectivamente con estas preguntas: ¿Cómo acceder a esos ámbitos supraterrénos? o bien: ¿Quién puede creer en la existencia de tales fantasías? Jacob Boehme escribió al respecto: *“cielo e infierno están en todas partes, porque se despliegan universalmente... Tú estás, pues, en el cielo o en el infierno... El alma tiene el cielo o el infierno dentro de sí misma.”**

De ello se infiere que la máxima tensión de opuestos entre el bien y el mal se da en nosotros como expresión y acaso como parte de una tensión cósmica. El bien y el mal son potencias eficaces que combaten en nosotros y que definen el destino de una época. Por ello, la responsabilidad de cada uno ante el bien y el mal ontológicos cobra una dimensión mayúscula. No son las leyes ni las instituciones (siempre necesarias) las que pueden promover un cambio ontológico, sino una transmutación de las consciencias individuales en el concierto de una consciencia global. Pareciera que la era axial, es decir, la época definida entre los siglos VIII a II a. C. o, más aún, entre los siglos VI y V a. C., preparó un vuelco absoluto de la consciencia que no se ha realizado aún y que la urgencia de los tiempos reclama. Como bien señaló Jung en su oportunidad, nadie se preguntó qué o quién había causado la primera guerra mundial. En realidad, la respuesta habría sido mal recibida y de hecho fue desoída, pues todos y cada uno de nosotros somos co-responsables de la guerra y de todas las formas del mal. Esto no significa que originamos el mal, pero sí que cedemos y nos tornamos sus cómplices. Por ello, como señala Coomaraswamy: *“Nadie negará que el campo de batalla en el que hay que llevar a cabo la psicomaquia [‘lucha del alma’] en una lucha de muerte, está en vosotros, o bien que, allí donde Cristo combate, también se encuentra su enemigo, el Anticristo. Nadie, ‘superstición’ aparte, pretenderá que las tentaciones de San Antonio, tal como se presentan en el arte, puedan considerarse de otro modo que como ‘proyecciones’ de tensiones internas. De la misma manera que el ‘Guernica’ de Picasso es el*

*espejo del alma desintegrada de Europa, el 'infierno de la existencia moderna', los cuernos y el aguijón del Diablo son una imagen de la bestia muy maligna que está en el interior mismo del hombre.*"<sup>1</sup>

Si el mal y el bien se dan en el hombre como categorías pre o sobrehumanas, el hombre a cada momento se suma y colabora consciente o inconscientemente con una u otra. Y si bien hemos hablado de "combate" o "lucha", es menester advertir que tales conceptos están cargados de "mal". Kafka escribió una vez: *"Uno de los medios de seducción más eficaces del mal es la invitación a la lucha."* Sin duda, porque la lucha entendida 'mundanamente' —es decir, con apego— aunque se enfrente al mal conscientemente, se torna en su aliado de modo inconsciente e "involuntario". Para ejemplificarlo simplemente, es muy común que el pacifista se transforme en un militante violento. Mientras que la lucha mundana busca la destrucción del contrincante, la lucha espiritual busca la liberación y se compromete con el proceso mismo de la lucha. Recordemos que el *jihad* en primera y última instancia —y más allá de sus derivaciones o deformaciones— alude a la «lucha espiritual» que ocurre en el interior de cada musulmán. En este sentido, Teilhard de Chardin confiaba que en el final de los tiempos iba a darse una guerra final y que en esa guerra se enfrentarían los amigos y los enemigos de la Evolución (espiritual e integral). Pero su mirada era optimista, pues los amigos vencerían haciendo guerra a la guerra, es decir, enfrentando a la guerra y al mal con la ley invencible del amor. Por cierto, no se trata de fantasear con escenarios idílicos e ilusorios, sino de abordar con esperanza y determinación el trabajo sobre sí. **La época no podrá cambiar si nosotros no cambiamos. Y el cambio no está sujeto a fechas, es decir, a un tiempo lineal, sino a una mutación misma del tiempo.** Se trata de pasar de un tiempo en donde prevalece lo cuantitativo (*'khrónos'*) a un tiempo en donde prevalece lo cualitativo o el sentido (*'kairòs'*) y que supone un cambio de época, es decir, el establecimiento de un nuevo modo colectivo de ver, vivir y elaborar la realidad.

---

<sup>1</sup> Ananda Coomaraswamy, Sobre la doctrina tradicional del arte. p. 23.